

# SEXO Y DISCURSO

---

---

*Juan Carlos Fernández Naveiro*

**Resumen:** La sexualidad es una de las dimensiones básicas de la existencia humana, vinculada a la realidad del cuerpo y a las diferenciaciones de todo tipo que lo constituyen (de género, de identidad, de orientación sexual). Además la sexualidad ha producido un conjunto de discursos que ocupan un lugar central en los debates teóricos de las últimas décadas (en especial en el cruce entre los feminismos y la antropología), que ponen de manifiesto la estrecha relación entre los procesos de construcción de la identidad sexual y los dispositivos políticos que acompañan a esos procesos. Unos y otros están hechos de distancias, pluralidad, diferencias, y con todo ello se construye tanto la identidad sexual como su concepto.

**Palabras clave:** Sexualidad, feminismo, sexo-género, diferencia, diferencia sexual.

**Abstract:** Sexuality is one of the basic dimensions of human existence, it's link to the reality of the body and to all kind of variations and differences it involves (i.e. variations of gender, identity, sexual orientation...). In addition sexuality has generated speeches which occupy an important place in the theoretical debates in the last decades (specially where feminism and anthropology come together). These debates show the close relationship between the process of the construction of sexual identity and the political devices involved in this process. Both are made of gaps, plurality, differences, and all this together build sexual identity and its concept.

**Keywords:** Sexuality, feminism, sex - kind, difference, sexual difference.

## 1. EL GÉNERO MÁS ALLÁ DEL SEXO.

La importancia del cuerpo está en el acervo de ideas de la cultura del último tercio del siglo XX, lo que ha servido tanto para rescatarlo de su desenfoco por la tradición filosófica como para ejercer como nuevo centro de gravedad en la constelación de las ideas dominantes. El capitalismo nos hizo conscientes de que el cuerpo es un instrumento para el trabajo, pero en las últimas décadas (en el tiempo que a veces se caracteriza como posmoderno) ha sido objeto prioritario de exploración el hecho de que el cuerpo es también instrumento para el placer, y ambos saberes se cruzan en una nueva forma de conciencia que a veces denominamos de manera laxa como hedonista: sabemos de manera primordial que somos cuerpo y, en tanto tal, sujeto de dolor y placer; pero la potencia del goce va unida a la exploración de sus límites, y así accedemos a la lacerante conciencia de que somos cuerpos bien disciplinados y vigilados, cada vez más identificados por

todo tipo de aparatos electrónicos, y a la vez enfrentados a los límites de nuestro carácter sensible y tentados a traspasarlos: cuerpos hartos o hambrientos, cuerpos debilitados o robustecidos, cuerpos alienados o disidentes, cuerpos drogados, aumentados o mutilados, cuerpos –como decía Deleuze– masoquistas o hipocondríacos, paranoicos o esquizos. Llevamos el cuerpo por delante, y lo ensalzamos como aspecto y localización de nuestra identidad, está allí donde nos hacemos presentes.

La estimación posmoderna del cuerpo procede así de una suerte de empirismo ambiental propio de una época, los años 60, en la que fueron decisivas las articulaciones freudomarxistas (Erich Fromm, Wilhelm Reich) para contribuir a un aprecio instintivo de la experiencia del placer, o también la propuesta de Deleuze/Guattari de “liberar el deseo”, ideas que fueron importantes en los movimientos de liberación sexual, y que jugaron un papel destacado en la búsqueda de nuevos sujetos revolucionarios en las sociedades del capitalismo avanzado, sobre todo en relación con los avances del movimiento feminista, un proceso histórico imparable que se alimenta a partes iguales de las transformaciones sociales y los avances tecnológicos.

El cuerpo fue la cristalización del sexo, lo esencial de la herencia del hipersexualismo de ascendencia freudiana, la depuración de su exceso. El cuerpo viene a dignificar el sexo, a darle una cara más aceptable para la cultura *middle-class*, por fin un candidato solvente para ocupar el lugar del declinante sujeto, además un lugar confortable en el hedonismo de la sociedad de consumo. Pero en el fondo puede que el sexo sea el protagonista de una nueva forma de sujeción tardocapitalista, algo que no es desmentido por la orientación del último feminismo (en la estela de Judith Butler), después del cual ya no se pueden sostener antropologías tradicionales de lo humano pre-sexual, al contrario, se asienta con firmeza la idea de que antes que seres humanos somos seres sexuados<sup>1</sup>.

La antropología feminista posmoderna facilitó todo tipo de fenómenos de fragmentación sexual y microsexualización, e incidió en un rechazo de la sexualidad binaria, dualista, y jerárquica, androcéntrica. La diferencia sexo/género se instala como una nueva frontera teórica sin vuelta atrás, investida desde la articulación entre naturaleza y cultura, que permite distinguir también la orientación sexual como otro estrato más, irreductible a la dualidad biológico-cultural: sería más bien un tránsito de ida y vuelta entre los dos polos, en el que entra en juego la voluntad de una transformación estética de la existencia, decidida a sobreponerse tanto a la realidad inmediata de los determinantes biológico-sexuales como a las servidumbres socioculturales de una “identidad de género” que puede ser tan estereotipada e impersonal como el sexo biológico, incluso más problemática de asumir y difícil de gestionar desde el punto de vista de la experiencia individual.

El feminismo se erige en uno de los principales valedores del “derecho a la diferencia”, legitimando para hombres y mujeres vías de escape respecto de un naturalismo sexual

1 Para esto ver BURGOS 2007.

(dualista, patriarcal y androcéntrico), que muchas veces el discurso del género se limita a encubrir y expresar en el registro de las construcciones culturales. La orientación sexual cumple ese papel finalmente subjetivo que solo existe sobre los determinantes biológico-culturales, pero que se distingue de ellos, porque vive de su diferencia y solo se construye en el tránsito entre unos y otros.

La diferencia sexo/género (como la diferencia género/orientación sexual o la distinción sexo/sexualidad) son conquistas del feminismo que engrosan el acervo teórico de la antropología posmoderna e impregnan al conjunto de la cultura; pero la propia evolución del feminismo –de la mano de las posibilidades abiertas por la biotecnología– apuntó a superar ese lugar teórico común, hacia una idea puramente artificialista del sexo. El propio paradigma biocultural abona además esta evolución: si es cierto que no hay una naturaleza humana que no esté recubierta por la cultura, que lo propio del *sapiens* es esa potencia para culturizarlo todo y para transformar en variación, sofisticación y adorno hasta lo más elemental y común de la existencia (los cuidados del cuerpo, las regulaciones alimenticias, las prácticas sexuales), entonces no cabe más que la conclusión de que el sexo (humano) no existe, puesto que la identidad sexual sería tan socialmente construida como el género. Desde este punto de vista ni el sexo ni el cuerpo existen fuera de la construcción social del género, que sería la que establece incluso las marcas físicas de la dualidad sexual.

La atribución puramente cultural de la identidad sexual debe a mi juicio ser analizada en relación con dos tipos de consideraciones: una tiene que ver con las dificultades epistemológicas del feminismo en el contexto de los avances científicos producidos en realimentación mutua con las perspectivas sociobiológicas. El feminismo “cultural” se vio confrontado con un discurso científico erigido en portavoz de las “verdades” sobre el sexo, y en ese conflicto es comprensible la estrategia feminista de segar la hierba bajo los pies del discurso científico, negándole un espacio autónomo fuera de las construcciones culturales. El feminismo encontró así un perfecto aliado en toda la sociología del conocimiento científico, que había contribuido enormemente a una crítica contextual de las supuestas verdades de la ciencia y a una deconstrucción de su objetividad. Los científicos están insertos en la historia, y también en redes de intereses y de poder, y emplean prácticas y lenguajes concretos que mediatizan inevitablemente sus aportaciones e impiden alcanzar la (imposible) verdad desnuda de los hechos. Todo esto forma parte del decálogo constructivista, utilizado como arma retórica en un discurso de combate dirigido contra los prejuicios sexistas.

Pero en aras de huir del sexismo biologicista, el feminismo corre el riesgo de un “génerocentrismo”, lo que me lleva a un segundo tipo de consideraciones, más sustantivas que procedimentales (o más ontológicas e incluso morales que epistemológicas): igual que hay

un olvido de la naturaleza en la ideología de la tecnociencia, y un olvido de la realidad en los excesos del constructivismo más radical, también el culturalismo posmodernista ha caído en un exceso (de textualismo, de artificialismo, de presentismo y/o futurismo) en el que se pierden de vista los resultados fácticos de una larguísima evolución de los instintos vitales y de las expresiones fenotípicas de los códigos básicos de la vida. Mi tesis aquí es esta: lo que se pierde y se olvida bajo los excesos del feminismo posmoderno es la idea de “límite” (una idea clásica donde las haya); y parte de lo que queda por hacer, en el terreno de la sexualidad, es reconstruir la diferencia sexual, fuera de los viejos prejuicios, pero aquilatando los procesos en los que se construye el sexo y concretando los trayectos y las distancias que deben ser recorridas en ellos.

## 2. LA RECONSTRUCCIÓN DE LA DIFERENCIA SEXUAL.

El sexo siempre fue cuestión de distancias: de contrarios y duplicidad, de división y reunión de lo dividido. Estos son temas constantes en los mitos cosmogónicos en los que destaca la importancia simbólica de la cópula. Pero mucho antes que en Freud la cópula siempre estuvo asociada también a la agresividad, al apetito desordenado, a la conducta depredadora y a los rituales de dominio y sumisión (posesividad, deseo de herir). Es el teatro eterno de la muerte y el renacimiento mediante conjunción de contrarios del que hablaba Jung, como el que representan distintas deidades hindúes y tibetanas en escenas de amor muy explícito; un teatro en el que en latitudes muy diversas hay también deidades autocopuladoras y hermafroditas que ensalzan la masturbación así como un amplio abanico de mezclas sexuales, entre las que el incesto ocupa un lugar destacado.

¿Qué puede significar para nosotros todo esto? ¿No debería ser visto como una elaboración (estética, y pedagógica) de estrategias adaptativas milenarias que incluyeron tanto la cohesión del grupo y el refuerzo de lo común, la necesidad y la potencia de unirse y colaborar con los otros, como por otro lado su conquista, sometimiento y aniquilación?

Yo creo que la distancia interna que articula y separa esos dos polos guarda una relación profunda con lo que significa el sexo en la vida humana, la tarea (difícil) de gestionar nuestras interacciones desde el plano más elemental e instintivo hasta el más elaborado, integral y complejo, involucrando por ejemplo a nuestro sistema emocional (que es creado en esas interacciones), pero también a las funciones cognoscitivas no menos que a la propia fisiología.

La sexualidad se conforma recorriendo esas distancias, lo que tendrá también sus efectos políticos: porque podemos querer pero también dominar, y ser queridos y dominados; y el sexo incluye relaciones de fuerza tanto como el poder relaciones de deseo y de seduc-

ción (tal como se dice: la erótica del poder). Porque sexo y poder (y muerte) involucran una misma energía libidinal, regida por un mecanismo de exceso y derroche inscrito en nuestra biología y que, al mismo tiempo, forma parte de lo humano de la existencia, como un lujo específico que nos singulariza como seres humanos<sup>2</sup>.

Hay una política del sexo como hay una política del cuerpo (biopolítica). La construcción del sexo (y del cuerpo) tiene una potencia política complementaria del sometimiento del sexo (y del cuerpo) a un régimen de producción y reproducción que concierne no sólo a la organización de la economía (el cuerpo y el sexo como unidades de producción) sino también a todo tipo de prácticas que normativizan los estándares de vida (en los modelos de salud, en las pautas de consumo, en la uniformización de contenidos en los medios de comunicación).

La política sexual se juega en ese conflicto inducido por las presiones normativizadoras sobre las singularidades sexuales, y ahí el capitalismo de consumo ostenta una flexibilidad fagocitadora portentosa, integrando en los circuitos comerciales una experiencia personalizada y a la carta, bajo un modelo tipo *self-made-(wo)man*, pero reconvertido por las exigencias *low cost* (tiempos de crisis obligan) a un modelo de (re)producción de la experiencia del tipo *do it yourself* (también podemos llamarlo *modelo Ikea*). Esa flexibilidad hace del consumo personalizado de experiencias un reducto aún resistente a la debacle del sistema en los aspectos más tradicionales del trabajo y la producción material. Por eso los modelos publicitarios nos parecen tan regresivos desde un punto de vista ideológico, y sin embargo aún funcionan en una esfera de lo imaginario emancipada de la objetiva precariedad material y económica del modelo de producción.

La desmaterialización de la experiencia también en el plano sexual (posibilidades del sexo virtual) refleja mutaciones históricas que por lo general se acompañan de umbrales de cambio tecnológico y político, y el futuro está abierto a novedades que a lo mejor sólo la ciencia-ficción puede vislumbrar. Pero hay un trabajo complementario, igual de necesario, en establecer las invarianzas del hecho sexual humano, las distancias que las pulsiones libidinales no pueden dejar de recorrer, porque a través de configuraciones históricas diferentes se da un mismo problema de gestión (diversa) del placer, una misma preocupación por el cómo, el cuánto, el para qué, incluso el qué del sexo, resueltos los interrogantes y regulados los parámetros de tan diferentes maneras.

En esta línea las aportaciones de Foucault siguen siendo imprescindibles; por ejemplo, para destacar los ejes de una experiencia tan diferente del sexo en el cristianismo y en la moral griega. Esa diferencia tan obvia en lo relativo a la valoración del acto sexual, de la monogamia, de las relaciones homosexuales o de la abstinencia sexual no debe esconder todo el repertorio existente de estrategias moduladoras de la sexualidad relativas a cómo

---

2 Para esto ver BATAILLE 1987 y NAVEIRO 2010.

se deben usar los placeres (y cuánto y para qué), que configuran registros discursivos propios que van de la dietética y la erótica hasta la economía y la moral<sup>3</sup>.

El sexo recorre la biología y la cultura con una ubicuidad y una dificultad de localización sin parangón entre los vectores que constituyen al sapiens. El sexo desborda los caracteres del sapiens y supera tanto su propósito biológico como el sometimiento a la normativización social. Al mismo tiempo sustantivo y marginal, el sexo recorre distancias, ve hacia el extremo, discurre “entre”. “La sexualidad está en todas partes, en la manera en que un burócrata acaricia sus dossieres, en cómo un juez hace justicia, cómo un hombre de negocios hace correr el dinero, como la burguesía de por el culo al proletariado”<sup>4</sup>. Deleuze hablaba de un “gigantismo” del deseo aludiendo a los mencionados efectos políticos, pero otro carácter suyo tanto o más decisivo es su carácter microfísico o podríamos decir su *enanismo*: los flujos moleculares pre-individuales que anidan en los organismos y que remiten a estratos animales, inorgánicos o físico-químicos. “Por todas partes una sexualidad microscópica que hace que la mujer contenga tantos hombres como el hombre, y el hombre, mujeres, capaces de entrar unos en otros en relaciones que trastocan el orden estadístico de los sexos”<sup>5</sup>.

En fin, se trata de explorar la constitución de lo sexual antes de su unificación como “sexualidad” para entender y gestionar esta mejor. El freudismo nos descubrió que la sexualidad organizada bajo el orden genital procedía de un polimorfismo originario vinculado a la oralidad, analidad, etc., sexualidades parciales que proliferan en las primeras etapas de la vida. En última instancia, en el fondo de nuestra energía libidinal está el “cuerpo sin órganos” que asoma cada vez que el cuerpo deja de ser productivo, cada vez que deja de estar sometido al orden de la significación y el discurso y al orden del sujeto y de la subjetivación<sup>6</sup>.

Afloran así pulsiones nómadas, desviadas o depravadas que no dejan de impugnar los estratos que organizan la sexualidad (las funciones biológicas, las normas sociales). Y ahí está el reto (de vivir): cómo no cerrar los flujos de experimentación y gestionarlos con la necesaria prudencia. Ni la sexualidad es un saber ni el cuerpo sin órganos un simple concepto: son prácticas, conjuntos de prácticas; y la experiencia (de lo) sexual puede llegar a convertirse así en una especie de ética -ese “cuidado de sí” que es un vector crucial, siguiendo a Foucault, en el proceso de des-sujección respecto al poder, y en definitiva en los procesos de liberación que siempre tenemos pendientes.

---

3 Cfr. FOUCAULT 1987.

4 DELEUZE/ GUATTARI 1985: 303.

5 DELEUZE/ GUATTARI 1985: 305.

6 Cfr. DELEUZE/GUATTARI 1988.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bataille, G. (1987): *La parte maldita*. Trad. F. Muñoz de Escalona. Barcelona: Icaria.
- Burgos, E. (2007): “Identidades entrecruzadas”, en *Thémata. Revista de Filosofía*, 39.
- Deleuze, G./Guattari, F. (1985): *El AntiEdipo*. Trad. F. Monge. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G./Guattari, F. (1988): “¿Cómo hacerse un Cuerpo sin Órganos?”, en *Mil mesetas*. Trad. J. Vázquez. Valencia: Pre-Textos.
- Foucault, M. (1987): *Historia de la sexualidad, 2. El uso de los placeres*. Trad. M. Soler. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Naveriro, J. (2010): *Pensar la pasión*. Santiago de Compostela: Meubook.